

LOS VIAJES DE JÚPITER



LOS VIAJES DE JÚPITER

*Cuatro años alrededor del mundo
en una Triumph*

Ted Simon

INTERfolio



ÍNDICE

Júpiter	21
Problemas con Marte	39
África	73
Caerse, levantarse	175
América	343
Australia y Malasia	577
India	645
La profecía cumplida	737

1973-74
 Inglaterra Francia Italia Sicilia Túnez Libia Egipto Sudán
 Etiopía Kenia Tanzania Zambia Boswana Rodesia Suráfrica
 Swazilandia Mozambique Brasil Argentina

1974-75
 Chile Bolivia Perú Ecuador Colombia Panamá Nicaragua
 Costa Rica Honduras Guatemala Méjico EEUU

1975-76
 Fiyi Nueva Zelanda Australia
 Singapur Malasia
 Tailandia India Sri Lanka

1976-77
 India Nepal Pakistán Afganistán Irán Turquía Grecia
 Yugoslavia Austria Alemania Suiza Francia Inglaterra

¿Cómo te preparas para lo desconocido?

Yo quería ser tan autosuficiente como fuera posible y creía tener una ligera idea de lo que me encontraría. Durante meses me torturé tratando de imaginar cuales serían mis necesidades en la jungla, en el desierto o en la cima de una montaña. Con minuciosidad acumulé miles de pequeños artículos, desde cerillas anti-tormenta hasta un kit para mordedura de serpiente. Muchos de ellos fueron bastante útiles. Algunos fueron, simplemente, absurdos. Sin embargo, esta masa de equipamiento se fué ordenando a medida que lo fui necesitando. Todo lo que hay en esta fotografía lo llevaba conmigo cuando sali de Londres, excepto los neumáticos... porque iban puestos. ¿Y el paraguas? Este era el reflectante del fotógrafo pero, finalmente, me agencié uno y resultó sorprendentemente útil. Lo sujeté a un lateral de la moto sobre la maleta derecha. En el lado izquierdo llevaba una espada, pero esa es otra historia...



NOTA DEL AUTOR

*PLUS ÇA CHANGE...!*¹ Hay cosas que cambian y hay cosas que permanecen. Desde que terminó mi viaje, hace más de treinta años, parece que el mundo ha cambiado tanto que es irreconocible. Sin embargo, cuando vuelvo a leer estas páginas de nuevo me doy cuenta de que si hoy tuviera que hacer el mismo viaje todo lo que me sucedió entonces podría volver a sucederme ahora.

Pudiera ser que esta vez no me metieran en la cárcel en Brasil, pero si podrían hacerlo en Irán. Quizás hayan dejado de disparar a la gente por la calle en Chile pero he oído que en Afganistán hay hombres armados que se mueven con total libertad. Pudiera ser que no atravesara países en plena revo-

¹ Plus ça change...! hace referencia a la expresión francesa «Plus ça change, plus c'est la même chose» que viene a significar: «Cuanto más cambia algo, más es la misma cosa.»

lución como Mozambique o Perú, pero hay otra multitud de zonas inestables en el mapa. A lo mejor ya han asfaltado la carretera de Nullarbor pero apuesto que las pistas de tierra que atraviesan Sudán están aún peor que entonces. Los mayores problemas que enfrentaban al mundo eran... la pobreza, el terrorismo y la contaminación ambiental.

Al igual que sucede con los triunfos personales y las desgracias, el maravillarse y el extasiarse, los momentos de miedo y de desesperación que forman parte de la vida humana y no cambian nunca, permanecen en el presente brillando con luz propia como si fueran nuevos, distintos, y emocionantes.

Quizá sea esa la razón por la que este libro ha sobrevivido a los caprichos de las modas del mundo de la edición. La mayoría de la gente me ha dicho que parece como si hubiera escrito el libro ayer. Los fieles lectores (y desde aquí quiero saludarlos a todos) que compraron y leyeron *Los Viajes de Júpiter* hace veintisiete años, cuando se publicó por primera vez en España, lo recuerdan y lo mantienen vivo, incluso a pesar de que los librerías y los editores lo habían quitado de sus estanterías y de sus posibles proyectos. Se hablaba de él, se recomendaba, se preguntaba en librerías de viejo, se ha buscado y encontrado en Gran Bretaña y en Canadá, donde se ha seguido publicando sin parar desde 1980... Deben haberlo leído cerca de un millón de personas. Y todas estas búsquedas han elevado *Los Viajes de Júpiter* a la categoría de libro de culto.

Esto no es un cuento del tipo «érase una vez un motero...» a pesar de que yo lo era cuando partí. Es una historia de viaje y aventura en todas sus dimensiones posibles y, muchos de los

que dieron la vuelta al mundo después de leerlo, ni siquiera habían pensado nunca subirse a una moto.

He recibido cartas de gente de todo tipo y condición, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, ricos y pobres, sedentarios y nómadas. Muchos de ellos decidieron tomar la carretera y seguir mi camino. A veces llegaron hasta mi puerta en su periplo por el mundo para contarme como había cambiado África o Latinoamérica. Algunos (bastantes diría yo) me dijeron que el libro había cambiado sus vidas. Así pues, en respuesta a todas estas cartas, a mi cariño por este libro y a la iniciativa de esta joven editorial, se publica esta nueva edición de *Los Viajes de Júpiter*. Y haremos todo lo que esté en nuestra mano para que llegue al mayor número de personas posible.

A pesar de las maravillas de la tecnología y de la comunicación, nuestro planeta sigue teniendo el mismo tamaño de siempre y, en algún lugar de su superficie llena de color, siguen ocurriendo cosas fascinantes e impredecibles, exactamente igual que como han estado ocurriendo siempre. Internet (yo también estoy ahí) es una forma extraordinaria de compartir cierto tipo de información pero, por muy buena que sea la red, nunca podrá sustituir al contacto humano y, lo peor, es que puede producir una huida de la realidad con riesgo de convertirse en paranoia. La tecnología moderna ha entrado en la cultura y puede separarnos de lo que es realmente importante. Como animales humanos que somos necesitamos salir al mundo y sentirlo, olerlo, pensar como él, aprender lo bueno que es y sentirnos libres.

Para mí, este libro ha sido una gran fuente de alegría. Aún hoy en día recuerdo con claridad cómo me sentí al finalizar el

viaje: fue la culminación de mi vida. Todo lo que llegó después podría haber sido una decepción, pero el éxito del libro y su capacidad para inspirar a otras personas ha hecho que el resto de mi vida continúe siendo parte de aquel viaje.

Un libro sólo podía abarcar una pequeña parte de las vivencias de cuatro años. Muchos aspectos del viaje están aún en el tintero. Swazilandia, Argentina, Chile, Tailandia, Assam, Nepal... fueron lugares ricos en personajes y experiencias inolvidables. Desde aquellos vertiginosos días he vivido muchas aventuras y, la mejor de todas, tengo un hijo maravilloso que está preparado para embarcarse en las suyas propias. Muy pronto, el lector de lengua española podrá disponer de mis otros libros, *Riding High*, *Dreaming Júpiter*... Y, aunque de ellos broten muchas y muy diversas experiencias, creo adivinar que aquellos que disfruten de *Los Viajes de Júpiter* también disfrutarán de mis otros libros.

Ted Simon
Covelo, 2009

NOTA DE UN AMIGO

Esta nueva edición del popular libro de mi amigo Ted Simon debe alegrar no solo a los moteros, también a todo espíritu inquieto, todo amante de la aventura, toda alma peregrina y cualquier lector sensible que guste del relato de viajes.

Ted me dijo una vez que nosotros dos habíamos tenido la suerte de conocer un mundo distinto, un mundo en el que se acababa el asfalto nada más salir de las capitales de muchas naciones del mundo, y es verdad. Hace casi cuarenta años, cuando él realizo su periplo en derredor del orbe, había centenares de miles de kilómetros menos de carreteras asfaltadas que hoy por todo el planeta; no había teléfono móvil y mucho menos internet. Tampoco había motocicletas tan fiables y resistentes como las actuales, talleres donde se pudieran reparar, ni vestimentas especializadas, aislantes e impermeables como ahora, a principios del siglo XXI. Mas si en eso acierta

de pleno, tampoco es menos cierto que hoy, como ayer, la esencia del viaje sigue siendo la misma. Leyendo este libro uno se da cuenta que la mayoría de las situaciones vividas por *Júpiter* se podrían repetir actualmente, en algunos casos quizá cambiando el país, pero nada más. La síntesis es la misma, las personas seguimos siendo iguales, con los mismos sentimientos, esperanzas y miedos, inquietudes y pasiones.

Ted es un tipo singular, tal vez deba parte de su forma de ser a su particular biografía; alemán de nacimiento, inglés de educación, norteamericano de residencia y sobre todo ciudadano del mundo. Su sosegada y experta visión de todo lo que le rodea, recuerdo que le llevó una vez a una observación tan sencilla como contundente. Íbamos de viaje y paramos en Despeñaperros, la frontera natural entre Andalucía y la Mancha, en un conocido bar de carretera donde toda la decoración recuerda y ensalza las hazañas de la dictadura y los personajes que gobernaron España durante gran parte del siglo xx. Asombrado y respetuoso, como el que visita un templo, contempló con detalle aquella recargada y adulatoria simbología. Me pidió le tradujera algunas de las frases o proclamas que por su estilo, o situación, más llamaron su atención. No hizo ningún comentario o gesto, favorable ni desfavorable, y tampoco perdió su sonrisa, ni la mirada escrutadora que mantiene siempre con sus ojos entrecerrados. Conocía bastante bien esa parte de la historia de España, una guerra civil que destrozó el país y marco la vida de generaciones de españoles. A la salida se fijo en una casa situada enfrente del bar, al otro lado del aparcamiento y dijo simplemente: «Lo ideal sería poner un negocio igual a este en esa


casa, pero con los motivos del bando contrario. Así, sí que pararían aquí todos los españoles». Esta es sólo una muestra significativa del espíritu práctico, igualitario, libre de prejuicios y amable de Ted, capaz de encontrar el lado positivo en la más áspera de las situaciones. En este libro encontrará el lector continuas muestras de su visión de la Humanidad, donde, por encima de continentes culturas o modas, los valores universales chocan en la cara del motorista traídos por el viento de la vida. Los Viajes de Júpiter cumple más de tres décadas convertido en un clásico de la literatura de viajes.

Por algo será.

Gustavo Cuervo
Madrid, 2009



JÚPITER



CUANDO TAMBIÉN SE AGOTÓ la reserva de combustible el motor se ahogó y se paró. Supuse que estaba a quince o veinticinco kilómetros de Gaya. La idea era desagradable. Esto podía significar que tendría que pasar la noche allí y había leído en algún sitio que Gaya era la ciudad más sucia de toda la India.

Dejé caer la moto pendiente abajo, fuera de la carretera, sobre la hierba crecida bajo la sombra de un árbol. El tronco del árbol era recio y retorcido, sus raíces sobresalían y mostraba una corteza grisácea y áspera. Racimos de hojitas marchitas proyectaban una leve sombra. Era un árbol frecuente en la India aunque todavía no podía recordar su nombre.

Metí mis guantes dentro del casco y permanecí de pie junto a la moto mirando a un lado y otro del camino, y a través del verde trigal, preguntándome quién iba a ayudarme esta vez y a dónde me conduciría todo esto. No dudaba de

que la ayuda llegaría y, con ella, era más que probable que algo imprevisible diera un giro a mi destino. Me había llevado años conseguir este grado de serenidad y seguridad ante los imprevistos, así que mientras esperaba disfruté del placer de saberlo.

Mis pensamientos barrieron los años y kilómetros que llevaba de viaje, comprendiendo cómo me había vuelto impermeable al miedo creciente y menguante del camino, intentando mantenerme entero y tranquilo con la idea de que aquí, realmente, existía un principio. Sin un principio, ¿cómo podría haber un final? A veces, y ahora con más frecuencia, podía sentir el cansancio invadiendo mis huesos, aclarando mi retina y levantando una niebla en el horizonte de mi mente. Esto tendría que terminar pronto.

Muchos hombres caminaban a lo largo de la carretera. La mayoría de ellos llevaba ropa holgada de algodón que alguna vez fue blanca, pero que ahora se teñía del marrón rojizo de la tierra natal de Bihar¹. Brillaba apaciblemente el sol y la gente pasaba bajo los árboles como pálidas sombras sin reclamar espacio.

Había pocos vehículos de motor circulando por la carretera. Algunos hombres montaban en bicicleta y otros llevaban carretas de bueyes o iban y venían en taxis tirados por ponis. También pasaba zumbando algún *auto-rickshaws*, que son *scooters* de tres ruedas con una cabina para llevar pasajeros. Era

¹ Bihar es un estado situado en la zona este de la India. Su capital y ciudad más importante es Patna. El nombre Bihar es una corrupción de vih-ra, que significa refugio o morada.

poco probable que tuvieran gasolina de sobra. En el estado de Bihar podías pagar tres o cuatro comidas con el dinero de un litro de gasolina.

Vi un taxi lleno de gente que venía en mi dirección. El conductor estaba doblado sobre el volante, con su cara oscura y sin expresión aplastada contra el parabrisas. Las ruedas volaban arriba y abajo sobre los baches y el taxi se deslizaba vibrando por encima de las ondulaciones del asfalto como tratando de escapar para llegar a su destino, avanzando solamente gracias a los coordinados rezos de la gente que iba dentro.

Durante este tiempo varios hombres se habían parado a observarme y luego, a regañadientes, habían seguido su camino, pero ahora se acercó uno que hablaba un poco de inglés. El color de su rostro y sus rasgos indicaban que era un brahmán, aunque su anudada cuerda, si es que tenía alguna, estaba oculta bajo su túnica y su camisa. Me dijo inmediatamente que era muy pobre. Yo le respondí que me había quedado sin gasolina.

–El pueblo está allí –dijo–. No lejos.

Él mismo paró a otro hombre que pasaba tranquilamente en una bicicleta con la bolsa de la compra colgada del manillar y le habló en hindi...

–Dice que allí tendrán gasolina. Está a tres kilómetros. No lejos.

Le di las gracias y esperé. Tenía la intuición de que no habría gasolina en el siguiente pueblo, pero no podía decirlo con seguridad. Hubo más conversación en hindi.

–Este hombre irá en su bicicleta. ¿Cuánta gasolina necesita?

La India es inconcebible sin sus árboles. El nim, la higuera sagrada, el tamarindo... se elevan majestuosos a lo largo del camino como gigantescos testigos de otras épocas. Con su presencia lo transforman todo, enmarcando el paisaje, dándole profundidad, variedad y frescor, ofreciéndote su refugio verde brillante bajo el sol y formando estanques de sombras moteadas donde la gente y los animales se puedan sentir en paz.



No me pareció que el hombre hubiera ido voluntariamente, pero parecía que aceptaba la autoridad del brahmán sin cuestionarse nada.

–Eso es estupendo –dije–. Necesitaré un litro –y empecé a buscar el dinero en mi bolsillo.

–No, no, buen señor. Puede pagar después. Ahora él irse.

La profecía del brahmán se cumplió inmediatamente. El hombre dio la vuelta con su bicicleta y se marchó. El brahmán mencionó otra vez, como una cuestión de interés puramente académico, que él era pobre, pero esta vez añadió que yo era rico. Noté que se estaba esforzando por tener algún tipo de conversación que pudiera dar como resultado, incluso sin

él desearlo, una entrega de mi fortuna en su beneficio y que yo continuase a pie. Esto bien podría haber sucedido en una antigua leyenda india, pero ni yo era el guerrero por el que me tomaba ni él era lo bastante sabio para mí, aunque ciertamente tenía un aire astuto.

De modo que me retiré educadamente de la conversación y me acomodé al pie del árbol para escribir y disfrutar del placer de una buena tarde. Estábamos en febrero y las tardes eran todavía frescas y radiantes, reinaba la paz y todo lo cubría esa especie de indiferencia que sólo muy raras veces había encontrado en los lugares públicos de la India. Parecía el momento perfecto para poner sobre el papel lo que había estado acumulando mi mente desde el día en que había cometido mi gran error, cuatro días antes.

En tres años nunca había cometido un error semejante. Había planeado viajar de Darjeeling a Calcuta, un largo paseo de un día por las carreteras de la India, y eso gracias a que la carretera principal es mejor que la mayoría. Transcurre paralela a la frontera de Bangladesh y, en parte del camino, sigue el curso del Ganges. Lo que había hecho en realidad para encontrar el Ganges fue tomar la autovía que circula río arriba hacia Patna y Benarés. Pero... ¿lo había hecho? No recordaba que hubiera otra posibilidad. Sin embargo, había seguido el curso del río sagrado, seguro de saber que lo mantenía a mi lado derecho. Sin darme cuenta lo había cruzado en algún punto tras una confusión de arroyos y puentes y estaba circulando por la otra orilla, al oeste y no al este, de manera que yo seguía viendo el río a mi derecha. Cuando me di cuenta de mi error ya había recorrido doscientos cuarenta kilómetros

en dirección contraria a Calcuta, una distancia más que suficiente para cambiar mi vida.

¿Por qué no me había dado cuenta de la posición del sol? ¿O del sentido de la corriente que llevaba el río? ¿O de que había cruzado a Bihar desde el oeste de Bengala? Me sentía orgulloso de que el sentido de la orientación se hubiera convertido en una segunda naturaleza en mí. Entonces... ¿por qué me había fallado precisamente allí?

Este enorme desvío en mi camino me había hecho un gran favor llevándome directamente hasta el mismísimo corazón y el alma de la India, al lugar del nacimiento del budismo y a los lugares hindúes más sagrados. Examinando *a posteriori* mis razones para llegar lo más rápidamente posible a Calcuta me parecieron triviales e insignificantes aunque todavía, en mi estado de cansancio y confusión, pensaba que eran acertadas. Más tarde, aunque tristemente al principio, dejé estas razones a un lado y abracé esa extraña peculiaridad de mi destino. Ello me condujo a experiencias extraordinarias, la última de las cuales me había llevado a volar en un planeador sobre Patna, siguiendo las corrientes térmicas al lado de una bandada de grandes aves de rapiña, salvajes y de color marrón.

Escribir todo esto me llevó su tiempo y todavía guardo la agradable sensación de haber estado refrescando la memoria sobre un suceso de la fatalidad. Mi brahmán se había separado poco a poco, cansado de explicar lo que me pasaba a todos los transeúntes. Su emisario aún no había regresado del pueblo. Yo esperaba de pie y, por hacer algo, le hice señales a un coche que se acercaba. Era una elegante limusina conducida por un chófer. Dos mujeres gordas, recostadas en la parte de atrás,

me observaron con semblante divertido mientras el chófer intensificó su fiera mirada sobre la carretera y aceleró cuando pasaba a mi lado. Al mismo tiempo un camión avanzaba en sentido opuesto procedente de Gaya. El camión se movió al carril contrario y el coche tuvo que pasar, chirriando horriblemente, por una cuneta poco profunda. El conductor del camión me sonrió y levantó el pulgar, y yo le sonreí abiertamente agradecido.

Unos minutos más tarde dos hombres en una Royal Enfield se pararon un poco más allá de donde estaba con mi Triumph y dieron la vuelta. El conductor habría continuado pero el pasajero de atrás, que resultó ser el dueño de la moto, insistió en parar. Era un hombre joven, achaparrado y muy bajo a pesar de sus elegantes zapatos de tacón alto. Vestía con unos ajustados pantalones de campana, un chaleco amarillo bordado y un turbante rojo rubí del tipo que usan los miembros de la casta *rajput* o *kshatrya*. Su cara barbuda tenía una expresión de solemnidad casi insoportable, como la de un chaval intentando mostrar respeto en un funeral. Al principio pensé que era una expresión de extrema tristeza, pero la expresión nunca variaba y, de hecho, iba camino de la boda de su hermano, una ceremonia de gran alegría.

Finalmente solucionamos mi problema entre los tres. Aunque implicamos a más gente, entre ellos al rector de la universidad de Magadh, de cuyo carburador bombeamos el litro de gasolina que necesitaba. Fue muy agradable que todos pusieran tanto interés. El tímido ciclista también volvió del pueblo, sin la gasolina, y sonrió al vernos a todos con las manos en la masa. No quiso aceptar nada más que un cálido

apretón de manos por la molestia. El rector salió hacia Gaya tras invitarme a tomar el té si pasaba por su casa. Yo también me puse en marcha, acompañado por los amigos de la Enfield, hacia una ceremoniosa boda *rajput*.



Y salieron las bailarinas.

Había dos chicas, pero sólo una de ellas bailaba mientras la otra se sentaba entre un intérprete que tocaba la tabla y un violinista.

Estábamos allí varios cientos de hombres sentados en gruesas sábanas de algodón blanco extendidas sobre un área de unos setenta metros cuadrados aproximadamente. El día había tocado a su fin y el cielo fue reemplazado por un gran toldo multicolor iluminado con fluorescentes. La mayoría de los hombres iban trajeados, aunque sólo los mayores no se habían quitado la chaqueta. Naturalmente todos nos habíamos descalzado y los zapatos estaban esperándonos en fila alrededor de la carpa. Mi amigo, llamado Raj, me advirtió con tristeza que vigilara mis cosas. «Ya han desaparecido cuatro pares de zapatos y dos maletas», dijo.

El aire estaba a una temperatura perfecta, esa en la que la piel disfruta de sí misma, y todo lo perfumaban las varitas de incienso que ardían lentamente frente al novio. Éste estaba

recostado en un trono de almohadones y colchas de plumas con su abuelo paterno a un lado y el *pandit*² al otro, ambos atentos y erguidos, luciendo brillantes turbantes amarillos sobre sus cabezas. El novio se mostraba tranquilo y distante, con los ojos entreabiertos.

–Ha estado en ayuno dos días –murmuró Raj–. No comerá hasta mañana después de la boda.

Dos rifles descansaban sobre unos cojines enfrente del novio, sus cañones apuntaban hacia nuestras cabezas. En un momento significativo serían disparados para ahuyentar a las tribus hostiles: los *rajput* son una casta de guerreros.

La primera bailarina estuvo danzando la mayor parte del tiempo. Era también mi favorita, aunque su figura se alejaba bastante de mi tipo ideal. Sus brazos y sus hombros eran impecables y se movían con gracia sinuosa, su cara era redonda y hermosa. El resto de su cuerpo estaba envuelto en un ajustado blusón y un sari; exhibía orgullosamente una barriga grande pero ágil que, de algún modo, le hacía parecer más mayor de lo que era. Me sorprendí a mí mismo mirándola fijamente y sin descanso, desconcertado por las libertades que se tomaba. Aun distraído como estaba con su ombligo no pude ignorar su

² Pandit o pundit es un erudito, un maestro, y, en particular, un experto en sánscrito hindú y en la ley, la religión, la música o la filosofía. En el original uso de la palabra, un pandit es un hindú, comúnmente un brahmán, que ha memorizado una parte sustancial de los Vedas, junto con los correspondientes ritmos y melodías para su canto. También llamados pujaris, son contratados para cantar en eventos tanto públicos como privados. El canto debe ser escuchado con una mente tranquila, para el desarrollo espiritual del oyente.

rostro. Con verdadera habilidad había creado una expresión de tan supremo desdén hacia los hombres que si yo hubiera estado solo con ella en una habitación sin duda me hubiera sentido débil y despreciado. Y si, tal vez, hubiera suavizado su expresión hacia mí habría caído, finalmente, en un estado de profundo éxtasis. Debía basarse en una amarga experiencia personal.

–Son prostitutas, ¿sabe?, susurró Raj, con una voz cargada de oscuro significado, y noté que para él eso era lo más importante que decir sobre ellas.

La danza en sí misma era una cosa extraña y fragmentada y, al principio, pensé que era bastante inútil y que apenas valía los billetes de diez rupias que le sacó a los espectadores y que le pasó al intérprete de tabla. Ella se mantenía erguida, dando golpecitos con un pie teñido de henna haciendo sonar los cascabeles del tobillo, balanceándose rítmicamente y colocando su cuerpo en una de las diversas posturas, unas veces echando una cadera y un hombro hacia delante y, otras, con las piernas ligeramente dobladas y la cabeza inclinada a un lado. Luego, coincidiendo con un acorde especial de los músicos, se deslizaba hacia adelante a través de la tela que cubría el suelo moviendo todo lo que había que mover (el ombligo se agitaba por sí mismo en perfecta armonía) dando sólo seis pasos antes de erguirse de nuevo, dejando caer sus brazos a cada lado y levantándolos inmediatamente hacia nosotros con un extraordinario gesto que decía de forma muy obvia: «Esto, para vosotros, mal nacidos».

En esos seis pasos decía todo lo que había que decir acerca de los hombres y las mujeres. La mayor parte del tiempo

simplemente se balanceó y cantó, gesticulando mecánicamente con sus suaves y adorables brazos, sin hacer ningún esfuerzo por darle significado o sentimiento alguno a la canción. Los hombres la insultaban a voces, los ancianos la reprobaban por ser demasiado codiciosa o le ordenaban moderar su conducta. Ella siempre obedecía pero al final su menosprecio volvía triunfante. Y yo me encontré a mí mismo mirando con empeño, una vez más, aquellos seis tajantes pasos.

Cuando se detuvo para descansar y vino el relevo, y cuando no estaba siendo interrogado por los invitados acerca de los más íntimos detalles de mi vida y viajes, mis ojos se posaron sobre el padre del novio. Él también llevaba el brillante turbante amarillo, pero estaba sentado entre el público. Bien afeitado y menos solemne que Raj mostraba, no obstante, una firme e imperturbable actitud, y su sonrisa era contenida y distante. Le observaba porque había empezado a preguntarme si él era la razón por la que me había encontrado a mí mismo siguiendo tan inesperados caminos los días anteriores. Una de las primeras cosas que Raj me había dicho acerca de su familia, cuando paramos para tomar una cerveza de camino hacia la boda, fue que su padre tenía grandes poderes. Era clarividente, un adivinador, y podía leer el alma de un hombre y su destino.

—Le cogerá la mano y le dirá cosas sobre usted mismo. Ha hecho esto para mucha gente. Esto es muy importante. Él lo hará para usted —Raj estaba emocionándose morbosamente con la idea.

—¿Quiromancia? —dije.

—No, no. No es quiromancia. Ya lo verá.

Y unos momentos después de que me hubiera presentado a su padre me preguntó:

—¿Ya le ha dicho algo mi padre?

Pero no, había querido esperar el momento oportuno, un momento tranquilo, y desde que me había convertido en un invitado importante a sus ojos, siendo yo un regalo para ellos, por suerte para mí, él tenía una reputación que mantener, y yo imaginaba que, probablemente, él debía de estar mirándome de vez en cuando en los momentos que yo no le miraba.

Bien pasada la medianoche, cuando el flujo de los billetes de diez rupias había cesado y las bailarinas se habían marchado, todos nosotros nos tumbamos sobre el suelo para dormir, con nuestras carteras bajo la cabeza. A unos trescientos metros de allí tenían lugar otros festejos en casa de la novia, los altavoces se apagaron y la última canción pop hindí se fue alejando bajo la luna a través de las grandes y luminosas llanuras del norte de la India. Las luces de la carpa se apagaron, pero siguió encendida la cortina de luces de colores que cubría un lado de la casa de la novia desde el tejado hasta el suelo, al menos hasta que me venció el sueño.

A la mañana siguiente, después de que todos nosotros nos desperdigáramos apropiadamente por el campo para lavarnos bajo el caño de agua de la bomba de un pozo y tras desayunar, la novia y el novio llegaron juntos por fin. Fueron conducidos al pequeño claustro central de la casa de la familia de la novia. Allí se sentaron sobre unos cojines con el *pandit* de la novia en el centro y el *pandit* del novio al otro lado de ella, y la mayoría de nosotros nos las arreglamos como pudimos apelotonándonos en el espacio que quedaba. Para mi asom-

bro, e iluminación, la primera bailarina también estaba allí con sus músicos. La novia estaba oculta por velos, flores y un radiante sari de boda. El novio llevaba un sombrero de papel del que asomaban y colgaban una extraordinaria colección de objetos dorados. Para mi ojo occidental él se parecía a algo entre un árbol de navidad y un marciano pasado de moda, amén de que su cara también estaba escondida detrás de las cosas que brotaban de su sombrero.

El *pandit* de la novia tenía algunas hojas de papel arrancadas de un libro de ceremonias y, cubierto con estos textos sagrados, iba leyendo en un áspero chapurreo, parando continuamente para descifrar una palabra ilegible o para buscar consejo del otro *pandit*. Mientras tanto la bailarina y los músicos cantaban y tocaban las mismas canciones sexys de la noche anterior y la gente charlaba entre ellos en voz alta intentando hacerse oír. El novio además tuvo que representar varios actos rituales en ciertos momentos de la ceremonia, tales como coger leche a cucharaditas de una vasija de barro, luego con una hoja doblada para, con un golpecito, echarla dentro de un excremento de vaca que ardía lentamente. En otro momento tuvo que hacer esto con una venda delante de la cara, aunque es poco probable que pudiera ver algo. Esta experiencia me pareció bastante horrible. Medio muerto de hambre tras el ayuno, medio ciego, sofocado por el exceso de vestimenta, envuelto por el más que apabullante alboroto y empujado a todos esos actos simbólicos, me pregunté cómo era posible que alguna parte de él siguiera lo suficientemente despejada como para saber el significado de todo aquello. Me parecía como una ceremonia concebida por las mujeres

en venganza por toda la despótica y ostentosa autoridad de la que es capaz un marido hindú.

Después de una hora y media no parecía que el fin estuviera a la vista, así que salí a caminar un rato. Todo y todos estaban en paz. Me di cuenta claramente de cómo todas las estructuras hechas por el hombre, las casas de barro y los cobertizos de las vacas, los silos de grano, los depósitos, los canales de riego y los almacenes de heno eran un todo en armonía con la tierra y los árboles. Una pobre y atrasada armonía, dirían algunos, mucho mejor comprendida tomando distancia. Pero seguramente, me dije a mí mismo, debe de haber algún punto medio...

Mi cita con el destino quedaba próxima. El padre de Raj estaba preparado para marcharse a su oficina de Patna.

–Venga –dijo–. Nos sentaremos en el coche.

Nos sentamos uno enfrente del otro y dijo:

–Déme su mano.

Se la tendí y él la sujetó como en un apretón de manos. La mantuvo apretada así por unos momentos. Entonces, dándose cuenta de algo, le dio a mi pulgar un rápido tirón hacia atrás y murmuró:

«¡Achcha!»

«Tiene un espíritu muy decidido. Y eso también se refleja en su mente».

«¡Tú eres Júpiter...!»

¿Por qué no? Pensé. Me gusta cómo suena.